

Santiago Álvarez

MUERDEALMAS

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Santiago Álvarez, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-690-1
Depósito legal: M. 3.137-2022
Printed in Spain

Para Fernando Marías.

*Tú, que tanto diste
sin esperar nada a cambio.*

«El lobo siempre será el malvado
si Caperucita es quien cuenta la historia.»

FRIEDRICH NIETZSCHE
(*Genealogía de la decadencia, Libro IV*)

«No puedo hacer que nadie entienda lo que está sucediendo
dentro de mí. Ni siquiera puedo explicármelo a mí mismo.»

FRANZ KAFKA (*La metamorfosis*)

Acto I: El intruso

Hay un instante, antes de que el fragor se desate, en el que todo parece detenerse. Incluso los pájaros abandonan sus cantos, expectantes a los acontecimientos. El viento apenas sopla, la niebla se sostiene sobre las laderas colindantes con temblor de fantasma primerizo. El aire helado transporta astillas de cristal, restos de la última nevada, que se derriten en la garganta al respirar. A duras penas se distingue el crujido de pisadas sobre la nieve en torno al gran agujero y el ávido gruñido de los animales.

Es un instante lleno de pureza.

Ibón Osset hace un gesto y la acción se desencadena. Es un ademán insignificante, pero los Osset han desarrollado un lenguaje que trasciende las explicaciones. Los dos adolescentes sueltan las correas y los lobos se arrojan contra la carnaza.

Ventisca Osset contempla la escena junto a sus hermanos Ibón y Ferrán, frente a los muchachos. Ha sido un juicio justo. Hay reglas que todos conocen y Javier el Muela las rompió. Tenía un lucrativo acuerdo por el que vendía sus robos a agricultores del Alto Maestrazgo al borde de la ruina, que necesitan adquirir equipamiento barato o recuperar el que los propios Osset les han sustraído. La familia pretendía ampliar la cartera del Muela, una confianza que cuesta años ganarse, como corresponde a una familia cautelosa.

Ahora eso ya no sucederá.

Los Osset no pueden permitirse un descuido así. Todo su poder se sostiene sobre una estructura que no deja cabos sueltos, en la que

el atrevimiento de apropiarse de un porcentaje superior al estipulado es intolerable. Si el asunto se resolviera con una advertencia, la familia estaría acabada.

Así que Ventisca no experimenta piedad ante los alaridos del Muela, que permanece de rodillas en el fondo del agujero que le servirá como tumba. Los chasquidos de sus huesos apenas perturban su semblante. Los tendones que las bestias separan son meras gomas elásticas. Sus vísceras, pienso para lobos. Salvo Acher y Fabián, los adolescentes hijos de Ferrán que jalean la embestida de los animales, nadie dice nada.

Ibón mantiene la mirada fija en los restos del Muela, quien por fin calla mientras es reducido a fragmentos con furiosa minuciosidad. La boca de Ibón permanece enterrada bajo la barba espesa. Ventisca contempla cómo crece la mancha roja sobre la nieve. Ferrán, su mellizo, sigue la evolución de sus muchachos y hay algo en su postura, en la forma en la que planta sus pies, que sugiere un orgullo que raya en vanidad. O quizás solo sea envidia.

Acher y Fabián danzan al borde del agujero, palmeándose las espaldas. Luego giran entre saltos, agarran las palas para alzarlas mientras aúllan al unísono con entusiasmo.

Pronto el hombre se convierte en los restos de un naufragio. Los lobos, saciados, remontan la pendiente hasta el borde, desde donde contemplan a los Osset, como quien cierra un acuerdo. Acher y Fabián acarician sus hocicos enrojecidos, pero las bestias permanecen inmóviles hasta que Ibón alza su brazo. Entonces trotan en busca del bosque y se pierden en él.

Nadie añade una sola palabra. Acher y Fabián comienzan a echar paladas de tierra y nieve al agujero, cubriendo a quien hasta hoy fuera el más estrecho colaborador de la familia. Tras un rato se detienen para contemplar las figuras de Ibón, Ferrán y Ventisca, los tres hermanos, que caminan por el sendero nevado que lleva hasta el hogar.

El sendero que lleva hasta Muerdealmas.

El día en que te sueltan es, seguro, un buen día.

Nadie te espera a la salida del psiquiátrico, pero ni siquiera eso hace mella en ti. Caminas con paso tranquilo hacia la parada del autobús, consciente de que las personas sentadas allí reparan en tu procedencia. Lo que te delata no es la pequeña bolsa de plástico con tus escasas pertenencias, ni la etiqueta adhesiva sobre la ropa con tu nombre, Abel Lanuza, seguido de «paciente» en lugar de «visitante». No. Lo saben por el brillo febril de tus ojos, mezcla de alivio, preocupación y, por qué no decirlo, cierta locura.

Los doctores te han estudiado detenidamente y han llevado a cabo decenas de evaluaciones, toda una serie de tentativas para diagnosticar tu estado, aunque ninguno de esos médicos, ni uno solo, está completamente seguro de que estés del todo recuperado. Pero ¿cómo van a saberlo? Dos años atrás lo tenías todo, o eso creías. De repente una luz se apagó en tu cabeza y, en su lugar, una sombra parece cubrirlo todo. Ellos, los doctores de batas blancas, lo saben. La mano que pagaba las facturas ha decidido desentenderse, así que los psicoterapeutas se han vuelto menos exigentes en su diagnóstico. En realidad te sientes mucho mejor que cuando ingresaste, envuelto en una barahúnda de gritos y nervios. El Abel que regresa no echará de menos los pasillos acolchados, las inyecciones y las largas tardes en la sala de juegos. No han necesitado curarte, sino tan solo reducir el burbujeo de tu mente con antipsi-

cóticos hasta convertirlo en un conjunto de inocentes excentricidades. Tu coordinador se lo contaba al director del centro en tu presencia, mientras dejaba tu dossier sobre el escritorio de su despacho. *Es del todo inofensivo. Lo peor es precisamente su pasividad. Necesita estímulos que nosotros no podemos proporcionarle, los que se encuentran en la vida real. Por eso hemos propuesto su alta hospitalaria.*

Han decidido darte una patada para que te enfrentes con la vida real, la única cosa para la que no te sientes preparado. El director, un funcionario de traje desgastado que inclina la cabeza para atusarse el bigote mientras habla, te lo ha dicho claramente.

—Nada nos preocupa más que el ser humano, señor Lazunas. ¿Puedo llamarle Abel? Somos..., ¿cómo diríamos?, una institución a la antigua usanza. Ni siquiera valido la medicación mediante un ordenador, como hacen mis colegas.

Lo ha dicho al desenroscar una Montblanc sobre el recetario mientras enumeraba los nombres comerciales de tu medicación. Has estado a punto de corregirle: te apellidas Lanuza, no Lazunas.

—Le dirán que se llama Zyprexa, Zolafren, Midax o Symbyax, pero el principio activo es básicamente olanzapina, que podrá encargarse a cualquier farmacéutico.

Tras escribir en el recetario se ha detenido, como si quisiera enfatizar su discurso.

—Nadie es completamente normal, Abel, eso no debería preocuparle. Un enorme porcentaje de la población padece desórdenes psicológicos transitorios. Todos deberíamos visitar un especialista al menos una vez al año.

Incluso yo, ha añadido mientras garabateaba sobre el cheque de recetas. El raspado del plumín ha adquirido un volumen tan alto que has debido controlar el impulso de taparte los oídos. *Yo seguramente el que más*, ha insistido. *¿No le parece gracioso?* Luego ha continuado con otros comentarios triviales, conversación de ascensor entre médico y paciente.

—Váyase una temporada al campo, aspire aire libre, coma como es debido. La vida en la ciudad nos mata lentamente.

Ha acompañado este comentario con una risita, como si acabara de decir algo inapropiado. O simplemente era el remate de otra charla insulsa que estaba deseando terminar. Al fin y al cabo, para él solo eres un problema que acaba de solucionarse.

Cuando te ha entregado el librito de recetas, el director se ha reclinado en su respaldo de cuero para observarte de arriba abajo, como si inspeccionara un trabajo bien hecho.

—Mírese, Abel, es usted un hombre nuevo. Está preparado para incorporarse al resto de su vida.

Tú no estás tan seguro.

Desde la ventana del autobús ves pasar las calles. Los edificios se curvan en el reflejo del cristal formando una sonrisa reconfortante.

Han transcurrido poco más de dos años, pero percibes un cambio sutil. Es como si la ciudad hubiera envejecido de manera imperceptible; aquellas cornisas del entresuelo parecen cejas prematuramente encanecidas; las grietas en las fachadas son marcas de expresión que prestan a los bloques prismáticos una solemne decadencia; las terrazas se ven despeinadas, llenas de imperfecciones que destacan su naturaleza artificial.

Eres consciente de que tu percepción es engañosa. Te lo advirtieron en el psiquiátrico: la sensación de convivir con alguien más en tu interior no desaparecerá del todo a pesar de la medicación.

Cuando el autobús se detiene en tu parada una visión se cuele por la puerta entreabierta. Un faro te deslumbra. Gritos. ¿Qué está pasando? Las voces te golpean el cráneo con urgencia, algo te sube por la espalda y está a punto de estallarte en las manos.

—¡Oiga! ¿Va a bajar o no?

El grito del conductor te devuelve a la realidad. Murmuras una disculpa mientras recibes las miradas despreciativas del resto de pasajeros. Echas mano al bolsillo y tras reconocer el bote de píldoras recuperas la confianza.

Ya en la acera, destapas el frasco anaranjado y tomas una de esas tabletas azules. Sientes su efecto de manera inmediata, aunque sabes

que es imposible. Ante ti se abre el portal, antesala de un rellano, de un ascensor, de una escalera, de otro rellano donde aguardan puertas que ocultan los hogares de los demás. Una de ellas es la puerta de tu casa.

Tu casa. Tu hogar. Tu familia.

Son conceptos sólidos, fraguados con el mismo hormigón que forma la estructura de tu humilde edificio. Hay un tintineo en tus manos, el forcejeo con la cerradura por la falta de costumbre. Una vez dentro miras a tu alrededor, esperando descubrir a Merche y Jorge, pero no hay nadie en casa.

Estás muy cansado; la libertad es agotadora. En el centro todo era más sencillo, te dices, mientras recorres habitaciones que apenas recuerdas. Hay muchas cosas cambiadas de sitio, muebles nuevos. Casi parece el piso de otra persona. Todo está demasiado pulcro, como si hubieran retirado los objetos que pudieran recordarte el pasado y hubieran dejado lo imprescindible. Bajas al garaje y encuentras el destartado Ford Escort de Merche. No hay ni rastro del Grand Cherokee con el que solías vacilar a tus amigos. Tras un amago de rabia, te asalta el presentimiento de que quizás ella haya vendido el todoterreno para asumir la costosa cuota mensual del psiquiátrico. Los padres de Merche prometieron ayudar, pero todo tiene un límite. Esa es una de las frases favoritas de tu suegro.

El frigorífico contiene pocos alimentos, lo justo para subsistir un par de días. Quizás la vida sea ahora esto: vivir sin otro horizonte que el día siguiente, en constante lucha con el presente. Cierras el frigorífico de golpe, pues algo se agita en tu estómago. Es el precio de tantos tratamientos, de los numerosos lavados de estómago que te practicaron cuando intentaste quitarte de en medio. Todo eso te ha dejado las tripas en permanente tensión, sin que ya puedas disfrutar del placer de la comida. Por no hablar de los efectos secundarios de la olanzapina: temblores, somnolencia, mareos, inquietud, sequedad de boca, vómitos, súbita visión borrosa.

Cuando alcanzas el final del pasillo tienes que detenerte. Hay un rumor de pasos dentro de tu cráneo, como un motor al ralentí que aguarda el engrane de una marcha que no llega. Te sientes al borde de un precipicio.

Retrocedes hasta el salón, donde un paso tambaleante te hace caer al sofá. De inmediato cierras los ojos y, una vez que te rodea la oscuridad, ruedas colina abajo hacia el sueño o hacia el olvido.